



Francisco Acosta, rodeado de compañeros a su llegada a la estación de Sevilla.

SEVILLA

Paquito Acosta, a hombros

Sevilla ha dado un buen porcentaje de nombres —mejor de hombres— al proceso 1.001. De «los diez de Carabanchel», que ya no son diez, sino cinco, tres eran sevillanos: Eduardo Saborido, treinta y tres años, administrativo del ramo del metal; Fernando Soto, treinta y cinco años, chapista, y Francisco Acosta, veintiocho años, taxista últimamente, antes obrero del Servicio Municipal de Transportes Urbanos.

Paquito Acosta no solamente fue el primero de los diez en abandonar Carabanchel, sino el primero de los tres en llegar a Sevilla. Cuando los altavoces de la estación de San Bernardo anunciaron en la noche del 17 de febrero que estaba para entrar el Talgo procedente de Madrid, más de mil personas congregadas en los andenes se pusieron a gritar:

—¡Acosta, Acosta, Acosta!

Paquito Acosta no tiene hijos que le dijeran que viniera en tren. Pero si cientos de amigos que llenaban la estación, ante la vigilancia de la Policía Armada protegida con cascos. Cuando Paquito bajó del vagón con sus padres y con Luz María, su mujer (tres años de infatigable lucha por la libertad de su marido, a quien detuvieron por primera vez al día siguiente de casados), los aplausos resonaron en la estación sevillana

como en la Maestranza. Y como diestro triunfante, fue sacado a hombros. Muchos lloraban. Los padres de Paquito, también:

—No toquéis las palmas, no vaya a ser que nos lo metan otra vez en la cárcel...

Paquito y Luz María pasaron por el pasillo que le habían abierto los compañeros de trabajo. Luz María llevaba en la mano el ramo de flores que le habían obsequiado, como a la mujer de un personaje importante. Paquito, para los trabajadores sevillanos, lo es. Es el primero de los liberados. Se sabe que Fernando y que Eduardo vendrán pronto. Mientras, como un trabajador andaluz más de esta hora de paro, Paquito ha empezado a buscar trabajo:

—Me presentaré en la Empresa Municipal de Transportes, donde fui despedido, y pediré empleo de nuevo, porque considero que debo volver allí, ya que estuve trabajando en los autobuses bastante tiempo. Y creo que hasta las próximas elecciones soy todavía vocal provincial del Sindicato de Transportes...

De los transportes que no entendía Paquito hasta su llegada a Sevilla era de los trasladados a hombros, entre aplausos, con flores. Como un torero que hubiera lidiado un difícil miura que llevaba en el lomo herrado el número 1.001. ■ ANTONIO BURGOS.

MADRID

La semana negra de Andalucía

A mediados de febrero iba a celebrarse en el Colegio Mayor San Juan Evangelista la I Semana de Andalucía. Fue suspendida.

Por los mismos días en que debía de haber terminado (si es que se hubiera desarrollado), la autoridad gubernativa precintaba el local de la Asociación de Cultura Popular y Folklore «La Carcelera», que funcionaba desde mayo de 1974 de una manera regular, aunque con escasa resonancia (son muchos los interesados en el tema que han sabido de sus existencia por la noticia de la clausura). Entre los fines de «La Carcelera» figuraba el de «investigar y divulgar la cultura popular andaluza».

También por esas fechas —y mientras Federico Villagrán, director de «El Correo de Andalucía», declaraba ante el Tribunal de Orden Público por la publicación de una homilía del monseñor Añoberos—, la Delegación Provincial del Mi-

nisterio de Información y Turismo procedía al secuestro cuatrelar administrativo del número 6 de «La Ilustración Regional». Esta revista mensual tiene apenas medio año de vida, y nació, según sus propósitos fundacionales, para informar ampliamente sobre la problemática andaluza. Con una tirada cercana a los seis mil ejemplares y setecientos suscriptores, la publicación, que adolecía de un explicable hispalocentrismo, iba poco a poco afirmándose y dándose a conocer por toda Andalucía. «Este número —nos decía Soledad Becerril, miembro del Consejo— era menos sevillanista que los anteriores, y llevaba, por ejemplo, cosas interesantes sobre Málaga... El secuestro es económicamente grave, y más grave aún que cierren un posible camino regional... Los tres temas que al parecer han motivado el secuestro eran, efectivamente, regionales. La «cover story» es un trabajo de Manuel Pizán, delegado de la publicación en Madrid, titulado «Andaluces en Bruselas», donde se recogen opiniones de Antonio Fontán, Alejandro Rojas-Marcos y Santiago Roldán, los tres sevillanos asistentes a la reciente reunión europea. En sus declaraciones, Rojas-Marcos emplea la expresión «poder andaluz». El segundo trabajo sería la crónica regional de Antonio Burgos, titulada en esta ocasión «Si somos el futuro de España...». El autor comentaba las manifestaciones del señor Gutiérrez Cano, ministro de Planificación del Desarrollo, afirmando que en Andalucía estaba el futuro de España. Burgos estima que uno de los puntos que ha molestado de su crónica-resumen de la actualidad regional es la reproducción de un texto emitido por un grupo de viejos andalucistas, reunidos no hace mucho en Córdoba, donde se explicaba cómo es la bandera andaluza. El texto lo reprodujo el diario «Sevilla», perteneciente a la cadena de Prensa del Movimiento. En él se hablaba de que el escudo de Andalucía iba bordado en la franja central blanca (la

«GARCIA LORCA, ASESINADO»

LA EXHUMACION DE UN CRIMEN

Las palabras «García Lorca, asesinado» se escriben ahora por primera vez en la prensa española desde que fuera, efectivamente, asesinado, hace treinta y nueve años. El tema se ha conservado a medias palabras, en alusiones veladas y misteriosas, como las familias conservan algunos de sus secretos; como la familia de «La mordaza», de Alfonso Sastre. Aún ahora, el autor de esta frase, que es el título de su libro, incluso complementado con la promesa de «Toda la verdad», dice que «algunos de sus datos habrá que leerlos entre líneas». Y aún ahora el señor Fraga Iribarne, miembro del Jurado que dio el Premio Espejo de España de la Editorial Planeta al libro de José Luis Vila San Juan, pronuncia la horrible frase de que a García Lorca «había que descubrirle de una vez para enterrarle de una vez» («Pueblo», día 17-II-75), y el autor empuña el contenido de su título con la expresión de que «no ha sido un crimen político, sino un crimen estúpido» («Informaciones», 17-II-75).

El hecho del premio y del libro —sin entrar en lo que pueda ser el contenido de éste, puesto que aún está inédito y habrá que conocerlo para considerarlo— tienen una importancia excepcional. Las palabras «García Lorca, asesinado» han sido suscritas por un Jurado en el que figuran algunas personalidades importantes de la época del «suceso», como Arcilza, Serrano Súñer,

Manuel Aznar. El acto literario ha sido presidido por personalidades de la hora presente, como el ministro de Información y Turismo, León Herrera; el director general de Cultura Popular, Miguel Cruz Hernández; el teniente general Díez-Alegria y el alcalde de Madrid. Quiere ello decir que el silencio político —porque nadie negará, también, que este silencio ha sido político— se ha roto. O que ha explotado. Lejos, muy lejos de la frase de Fraga. Es algo que no se enterrará nunca de una vez. No se ha borrado en milenios la sangre manando de los puños de Séneca o la cicuta en los labios de Sócrates.

La muerte de García Lorca no fue única ni solitaria. Ni estúpida, ni excepcional. El que fuera único y excepcional García Lorca no implica que lo fuese su asesinato. Fue uno más entre muchos, en el contexto de una España a sangre y fuego, de una España en la que españoles mataban a españoles. La fijación de ese contexto en un personaje, todo lo gran poeta que ese personaje fuese, nos ha de servir para comprender todo el contexto. Su aislamiento no tiene sentido —más que biográfico, aunque eso ya sea mucho—, si no sirve para comprenderlo todo: toda la verdad, y no sólo la verdad de García Lorca, sino la de su símbolo, la de su generalidad.

Si el largo retraso en romper este silencio ha sido un oprobio para quienes lo han mantenido, el estallido de la cuestión a partir de este libro premiado puede ser de una enorme oportunidad. Una lección para exhibir ante quienes, ahora, quieren resucitar una España negra de la que son sobrevivientes y quieren volver a instaurar el miedo del español por el español. ■

(En las páginas 25 a 29, «La muerte de Federico García Lorca», por José Monleón.)